



ASCENSIÓN DEL SEÑOR

“Ustedes serán mis testigos ¿Por qué permanecen mirando al cielo?”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Hechos 1,1-11; Efesios 1,17-23; Marcos 16,15-20

A partir de lo que se dice en el texto de Hechos, la Iglesia celebra a los cuarenta días de Pascua la fiesta de la Ascensión del Señor. Una vez más el número cuarenta significa un tiempo más o menos largo en que se hace una experiencia de alguna manera fundacional. Así los cuarenta años del pueblo de Israel en el desierto y los cuarenta días de oración de Jesús entre el bautismo y el inicio de su misión evangelizadora en Galilea. Ahora se trata de la asimilación por parte de los discípulos del acontecimiento pascual y de su misión de testigos del Resucitado como fundamento de la experiencia eclesial. Los cuarenta días de manifestación del Señor resucitado culminan con la convicción definitiva de los discípulos de que Jesús, el anunciador del Reino de Dios, ha entrado de manera definitiva en el ámbito de Dios. En su mentalidad no había otro modo mejor de expresarlo de manera comprensible que en los términos en que lo relatan: “fue levantado en presencia de ellos y una nube lo ocultó a sus ojos”, lo que significa que “este Jesús... ha sido llevado al cielo”, al lugar de Dios. Es claro que para nuestra mentalidad y concepción cosmológica no necesitamos ya la imagen de una “subida” (ascensión) para afirmar la glorificación de Jesús en el misterio de Dios, que es lo que reconocieron y nos anunciaron los discípulos testigos del Resucitado. Por nuestra parte, ya no es preciso “permanecer mirando al cielo”, El Señor Jesús, precisamente porque glorificado en el ámbito de Dios, permanece presente en la comunidad eclesial: “yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20), como concluye el evangelio de Mateo.

Glorificado el Señor, la misión de los discípulos es dar testimonio de Jesús –“serán mis testigos”- y, con la fuerza del Espíritu Santo, anunciar la Buena Noticia del Reino

* Ciclo B.

de Dios por todo el mundo. Es el tiempo de la Iglesia, del protagonismo de sus discípulos. Así comienza el libro de los Hechos de los Apóstoles.

El evangelio corresponde al final de Marcos. Los biblistas se inclinan a pensar que este evangelio concluía un poco abruptamente en el versículo 8 con la afirmación de que las mujeres, que habían recibido el encargo junto al sepulcro de anunciar la resurrección de Jesús a los discípulos, “no dijeron nada a nadie porque tenían miedo...”. Posteriormente, relativamente pronto, alguien añadió los versículos 9-20, completándolo con algunas referencias a manifestaciones del Resucitado, que conocemos por los relatos de otros evangelios. Este añadido es reconocido por la tradición eclesial como parte del evangelio de Marcos.

El texto de Marcos que leemos nos sitúa en el contexto pascual, en el ambiente familiar de Jesús teunido a la mesa con los once discípulos. Las palabras de Jesús, después de un breve reproche por su dificultad y tardanza para creer -lo que concuerda bien con otros relatos de aparición en Lucas y en Juan-, se centran en el envío: “proclamen la Buena Nueva a toda la creación”. En el lugar paralelo Mateo había consignado: “a todas las gentes” (Mt. 28,19). ¿Habría una intención de perspectiva más amplia en la formulación de Marcos? ¿La Buena Nueva es también “buena” y liberadora para la creación entera como apunta Pablo en la carta a los Romanos: “la ansiosa esperanza de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente con dolores de parto” (Rom. 8,19. 22)? La fe en el Resucitado debería encontrar una correspondencia en una conciencia nueva de cuidado responsable de la naturaleza como creación de Dios.

Después de las palabras de envío, se menciona de manera sencilla una alusión a la ascensión: “el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios”. Es prácticamente la fórmula que recitamos los domingos en el Credo. Para la comunidad de los discípulos, en adelante, Jesús es el Señor glorificado en la vida de Dios y es así como permanece vivo y presente en la Iglesia y en la humanidad. La ascensión no significa tanto que Jesús se alejó, sino que se quedó definitivamente con nosotros de una manera nueva e inefable, sólo reconocible en la fe. Su presencia y su misión se prolongan en la humanidad a través del testimonio y la predicación de los discípulos. “Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos”. Esa “colaboración del Señor” es la fuerza del Espíritu Santo prometido. Envío y salida definen la conciencia y misión de la comunidad de los discípulos de Jesús. La verdad de una comunidad eclesial se juega en su capacidad de salida y presencia evangelizadora en la humanidad. El riesgo consiste en quedarse encerrada en la seguridad de una doctrina, de unos ritos y de unas preocupaciones intraeclesiales. Francisco nos lo ha tenido que recordar: “una Iglesia en salida”. Y en lenguaje del Vaticano II “una Iglesia íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (G.et S. 1).

El texto se cierra diciendo: “confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban”, que no pueden ser distintas de los signos que habían acompañado la predicación de Jesús: la compasión solidaria ante el sufrimiento humano, el anuncio de la primacía de la vida, la justicia y el amor fraterno. La Palabra -la Palabra hecha carne, Jesucristo- es lo que no podemos dejar de proclamar en todo momento, pero traducida en señales comprensibles que respondan a los interrogantes y búsquedas de cada

tiempo. La presencia prometida del Espíritu Santo (Hec. 1,8) será la garantía que hará posible y fiel el testimonio.

La comunidad de discípulas y de discípulos no se queda sola sin el Maestro. El Señor, ya no de manera visible y limitada como en los tiempos de Galilea, pero sí mediante su Espíritu, continúa presente y activo en la comunidad y en la humanidad. Ese es el significado de la “ascensión”.

La carta a los Efesios de la que se toma la segunda lectura, es una reflexión teológica en torno a lo que llama el “misterio de Cristo” (Ef. 3,4) y su incidencia en la vida de la comunidad. El texto que leemos expresa una acción de gracias a Dios y pide para la comunidad “espíritu de sabiduría y revelación” para que conozcan la fuerza del poder de Dios para con nosotros, “que desplegó en Cristo resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su diestra en los cielos” como fundamento “de la esperanza a la que han sido llamados”.

La fiesta de la Ascensión y la de Pentecostés, que celebraremos el próximo domingo, abren el tiempo de la Iglesia, de la comunidad de quienes siguen a Jesús, prolongan creativamente su práctica evangelizadora y liberadora, testimoniando así la esperanza de una humanidad nueva que Dios inaugura resucitando a Jesús.

Dediquemos unos minutos para dar gracias a Dios por esta nueva presencia del Señor Resucitado en la humanidad. Vive junto al Padre y nos espera en la comunidad y en el prójimo, especialmente en quienes hoy sufren por la enfermedad, el abandono y la pobreza.